

briagado con su perfume, sus promesas, y sus sonrisas.

—¿Qué violencia!—pensaba él.—Pero ¡qu hermosa es!

Wanda volvió á su cuarto.

El conde Rovero no había abandonado su puesto.

—Giuseppe—dijo ella,—el marqués y el general van directamente á Ginebra. Esta debe ser también vuestra intención.

—Como gustéis.

—Yo me voy. Me encontrareis en vuestro camino, cuando menos lo esperéis.

Abrió una carta geográfica y trazó una línea.

—Pasareis por Louhans, Saint Claude de Moirau y Gex. Es el camino recto. ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Gastad todo el dinero que haga falta. Os dejo mi gente. Stéfano se queda conmigo. Si ocurre algo, él os advertirá. Sed inteligente.

El conde Giuseppe Rovero sonrió maliciosamente.

—Lo procuraré—contestó.

—Esa será nuestra última campaña. Tales emociones no me suponen nada.

—¿Cómo viajareis?

—Tengo mis caballos de silla. Además, eso corre de mi cuenta. Os dejo un magnífico carruaje. Ofrecédselo al general y al marqués.

—¿Y si no lo aceptan?

—¿Por qué han de rehusar el generoso

ofrecimiento de un caballero tan digno de inspirar confianza?

—¿Y si no aceptan?

—En ese caso, les séguireis de etapa en etapa; pero de seguro aceptarán.

—Bien.

—Hé ahí un hombre—pensó el respetable Giuseppe,—cuya vida pende de un cabello.

Y se fué tranquilamente á dar sus órdenes y á hacer los preparativos de viaje.

XXXI

Cuando La Briseur, montó de nuevo á caballo en el patio de la posada de los Tres Reyes para emprender el regreso, iba descontento.

Las ironías del aquel joven, que parecia una mujer, le causaron mal efecto.

Así es que al ir atravesó alegremente, apesar de la nieve, las nueve leguas que separan Souvray de Antun. Iba animado por el éxito, mejor dicho, por la victoria. Pero en cambio, al volver llevaba en el ánimo la penosa impresión que le produjeron las burlas de la Princesa, como una ducha de agua helada para su entusiasmo; y calculaba, no sin fundamento, que la carta á su amo debía contener una decepción.

A mitad de camino le sorprendió copiosa nevada; y esto contribuyó á hacer más tristes sus pensamientos.

Así es que, sin dar un solo latigazo al ca-

ballo, iba á merced del paso que éste quiso llevar.

Las malas noticias llegan siempre demasiado pronto.

Cuando llegó á Souvray hacía ya una hora que había cerrado la noche.

El conde, sentado cerca del hogar de la cocina, pensaba en todos los horrores que había presenciado.

Al fijarse en la triste expresión del semblante de La Briseur, tuvo un desagradable presentimiento.

El le entregó la carta de la Princesa.

Desde las primeras líneas el mayor de los Souvray se mordió los labios y exclamó:

—¡Es imposible!

Y cuando terminó de leer, estrujó el papel y lo echó al fuego.

La Briseur le observaba con inquietud.

El conde era hombre de carácter dulce é igual. Para que él sintiera cólera ó despecho, hacían falta causas excepcionales.

—¿Y qué es lo que esa señora te ha dicho?

—¿Luego es una mujer, señor?

—Sí, una mujer.

—Me lo figuré. No podía menos...

—Contesta.

—Poca cosa, señor. Solamente, si he de hablar con franqueza...

—¿Y bien?

—Me pareció que se burlaba de nosotros. Que me ahorquen si sé por qué.

—En su carta me participa que el marqués está vivo.

—¡Vivo! ¡Oh! señor, cuesta trabajo creerlo. ¿No se ha encontrado nada?

—Nada.

La Briseur daba vueltas á la gorra, que tenía en la mano.

—Come—ordenóle el conde.—Debes tener necesidad.

—Acepto, señor. Un viaje semejante abre el apetito; pero los hemos hecho peores.

El ojeador fué á la repostería y se alimentó perfectamente, no sin beber sendos tragos de buen vino. Luego volvió al lado de su amo, que estaba muy pensativo.

—¿Dónde está el señor Hugo?

—Instalando lo mejor posible en los cortijos y dependencias á las gentes del pueblo. Es preciso alojarlos á todos. Vamos á ver, ¿eres seriamente que el marqués haya podido salvarse?

—No comprendo cómo; pero ese señor, que es señora, hablaba cual si lo hubiera visto.

Roberto se calló.

Esta sorpresa le producía el efecto de un balazo. ¡De suerte que el formidable golpe que imaginaron, no alcanzó á aquel contra quien iba dirigido!

Oliverio escapaba á la muerte y al castigo.

El conde tenía un alma demasiado superior para alimentar pequeñeces de amor propio; pero calculaba las consecuencias de ese acontecimiento.

La causticidad de la princesa era justa.

Era, efectivamente, un milagro, y el resultado tenía que ser desastroso.

Solange quedaría ligada á aquel marido, cuya indignidad conocía, á quien detestaba y del cual quiso librarse á costa de su propia vida.

La *Bigornia* no hacía misterio de la escena que presenció, representando en ella un papel. Roman Tremor sabía por ésta la prueba de amor que Solange estaba decidida á darle.

Aquel matrimonio, cuyos lazos no podían romper, les separaba para siempre.

Elena de Rochevieuille no sería vengada.

El asesino, cuyo crimen quedaba impune, por mucho que se burlara de ellos, nunca sería bastante; ¡de ellos, sí, que se erigían en jueces y no sabían castigar!

Era al conde, en suma, que todo lo había dirigido, á quien correspondía emplear el único remedio que podía cambiar una situación tan intolerable.

En vano se proponía dudar de la penetración de la polaca. No ignoraba que tenía mucho talento y que odiaba al marqués.

No podía equivocarse en eso, ni tampoco tratar de engañarle á él.

La Briseur observaba de reojo la fisonomía del conde, dispuesto á ejecutar todo lo que le ordenara.

—¿Y mañana, señor?—preguntó.

—Partiremos antes del amanecer.

—Está bien, señor. ¿A caballo?

—Sí, como si fuéramos de caza. Probablemente estaremos ausentes unos cuantos días.

—¿Vamos lejos?

—Es posible.

—En ese caso aconsejaré al señor conde que monte *Bagot*; parece una cabra, pero se puede ir con él al fin del mundo.

—Bueno.

—¿El señor no tiene más que mandar?

—Es indispensable callar y guardar para nosotros lo que hemos sabido. Partiremos los dos solos.

—Perfectamente.

—Ve á descansar... y ya sabes: ni una palabra á nadie, sea quien sea.

El conde subió á su habitación. Sentía una tristeza mortal.

Después de las horas de alegría, pues como el maestro de Oullans y como los Tremor, experimentó desde luego la inmensa satisfacción del triunfo, se encontraba abatido, descorazonado, por tan grande como inesperado conflicto. Creyó en una especie de juicio de Dios, que mataba á aquel infame, envolviéndolo en la catástrofe en que perecieron multitud de enemigos, contra los cuales no mediaba tan grande odio; se combate cuerpo á cuerpo y se les honra, vivos ó muertos... Y ahora resultaba que sólo se había salvado, probablemente y por un milagro, el más digno de perecer, el merecedor de todos los castigos, ¡el más criminal y cínico de los hombres!

Era para dudar de Dios, que le salvaba, y que debió aniquilarle con sus rayos.

Antes de acostarse, Roberto escribió cuatro líneas á su hermano, para avisarle que se ausentaba por poco tiempo; pero no le

decían por qué motivo ni con qué objeto.

A eso de las diez le oyó que entraba silbando una canción de caza.

Hugo se aproximó á la puerta y preguntó:

—¿Duermes, Roberto?

—Toavía no.

—Todo va bien. Buenas noches.

Todo iba bien, en efecto, para él. Había cuidado de su gente, interesándose en que nadie careciera de lo necesario.

Para él, Chevagnes quedaba destruído enterrando bajo sus ruinas á los enemigos de la patria y á un culpable.

En la lealtad de su alma, Hugo no se echaba en cara nada.

Le habieran dicho que el marqués sobrevivía al desastre, y hubiera tomado tal noticia por una fábula.

Y se encerró en su cuarto con la misma tranquilidad que si, en vez de prusianos, hubiera cazado unas cuantas liebres el día antes. Durante nueve horas durmió como duerme todo el que tiene la conciencia tranquila, profundamente.

Cuando salió de la habitación, al día siguiente, no halló en casa á su hermano.

El conde se puso en camino antes de que amaneciera, y partió cautelosamente.

La Briseur le esperaba á cincuenta pasos de la casa; montaba un buen caballo y tenía otro sujeto de la brida.

Era *Ragot*.

Llevaba detrás de la silla un maletín sólidamente sujeto.

A pesar de no ser muy airoso, *Ragot* pasaba en todo el Morvan por un caballo sin rival para verificar largas jornadas.

El conde parecía de buen humor.

Había tomado una resolución, y las nubes de la noche anterior se habían disipado.

Ambos jinetes iban provistos de revólver de grueso calibre, y apenas hablaban.

La nieve seguía cayendo.

Espesa capa cubría toda la campiña.

A pesar de todo, los dos rocines avanzaban valerosamente, sacudiendo las orejas de vez en cuando para quitarse la nieve.

En los alrededores de Saint-Léger cambió la decoración.

La nieve cesó de pronto y el camino estaba seco y endurecido por la helada.

Los caballos relincharon de contento y recorrieron los kilómetros con nuevo empuje.

A las nueve de la mañana el conde y La Briseur distinguieron los campanarios de Autun.

Las herraduras de los caballos resonaron sobre el desigual empedrado de las calles, y poco después en las baldosas del pórtico del hotel Tres Reyes.

El hostelero se hallaba á la puerta.

El señor de Taunay, que apenas salía de París, era casi desconocido en aquellos contornos.

Pero á los Souvray, en cambio, los conocía todo el mundo.

Con amistoso ademán el fondista saludó al conde, que le tendió la mano, diciendo:

—Una palabra si gustáis, Larive.

—Estoy á vuestras órdenes, señor conde.

Los Souvray gozaban en todo el Morván de sólida reputación, como honrados y leales á carta cabal.

Su amabilidad era proverbial; llevaban el corazón en la mano, como suele decirse, y trataban de igual á igual á sus servidores.

No vacilaban en el cumplimiento del deber.

A todos los que eran algo de ellos, llamáranse colonos, guardas, leñadores, vecinos ricos ó pobres, los consideraban como si fueran de su familia.

Hijos del Morván, amaban á su país, y el país les amaba á ellos.

El sitio de su casa que más frecuentaban era la cocina, hospitalaria y monumental sala, vasta y casi artística, digna de ser copiada como pintoresca decoración.

Allí era donde recibían á los subalternos, frente al fuego del hogar, que lo mismo templaba la húmeda y glacial atmósfera de los bosques, que asa trozos de buey ó liebres.

El hostelero de los Tres Reyes recibió más de una vez, yendo de caza con numerosos amigos, hospitalidad en Souvray.

Mientras que La Briseur llevaba los caballos á la cuadra, el dueño del establecimiento entraba con el conde en una sala reservada, cuyo papel antiguo representaba una cacería de la época de Luis XV.

—Espero que almorzaremos juntos, Larive—dijole el conde.

Siempre ha sido este el mejor modo de tratar cualquier asunto.

Concluido el almuerzo, el mayor de los Souvray sabía todo cuanto deseaba saber.

Y eso que todavía no había hecho una sola pregunta á su convidado.

Larive le refirió que, dos personajes italianos habían llegado la antevíspera en silla de posta, seguidos de dos caballos de silla que conducían dos lacayos.

Que el más joven había partido con un criado, no se sabía á dónde.

Apenas se notó su marcha.

Todo lo que podían decir es que era muy delicado, muy elegante y tendría veinte años á lo sumo.

El viejo representaba unos sesenta.

Era un anciano respetable, de una corteza exquisita, y que, según la manera de viajar, parecía muy rico.

Otros ca balleros habían llegado al día siguiente.

El uno era grueso, fuerte, alto, sin barba, ni viejo ni joven; el otro más joven, de unos treinta y cuatro á treinta y cinco años, muy distinguido; usaba patillas, y parecía inglés. Dijeron que tenían intención de ir á Suiza, á Ginebra ante todo, por el camino más corto, á pasar allí unos cuantos días. Era precisamente el mismo plan del señor italiano. Como este se hallaba solo, pues su sobrino, según él decía, estaba en Turena con sus padres, ofreció asiento á los otros en su carruaje. FINCIO RELUSIER; MAS TÚ TANO

lo que instó, que concluyeron por aceptar.

—¿Qué camino siguen?

El hostelero hizo un gesto de duda.

No lo sabía de seguro. Se pueden tomar varios.

Una carta geográfica que había pegada á pared, sirvió á Souvray de mucho.

—Guillaud les guía. Se puede preguntar, si teneis empeño.

—¿Cuándo se han ido?

—Esta mañana, á las siete.

La Briseur entró á almorzar.

Guiñó el ojo, con expresión de inteligencia, al conde, que le contestó, haciendo un imperceptible movimiento con los labios.

La mirada quería decir:

—Sé lo que hace falta saber. No os tomeis trabajo ninguno.

—¿Pero — repuso el conde, — si os dieran á elegir, qué camino seguiríais?

—Hay donde escoger.

—Alguno preferireis.

—El mas corto es por Chalons, Louchans, la Foncille y Gex. Unas cincuenta leguas, Pero no es fácil alcanzar al italiano. Va muy adelantado.

—¿No conocéis á los dos últimos?

—No. Va y viene tanta gente, y está uno tan preocupado de algun tiempo á esta parte, que no repara en nada ni en nadie. Cada cual piensa en sí mismo y lo demás le importa un bleo.

Los tres hombres, se separaron despues del frugal almuerzo.

A la una, cuando ya los caballos habian tenido tiempo de descansar, trotaban, sin apresurarse, por el camino de Chalon-sur-Saone.

Era la dirección que el conde Rovero y su acompañamiento habian tomado.

Mientras que el amo se ocupaba de adquirir noticias por conducto del hostelero, el ojeador hacíalo propio en la cuadra.

Los dos caballos no daban señal de fatiga.

—Les queda aún que recorrer cuarenta leguas más — dijo La Briseur. — Despues será preciso el ruido de una trompa ó el de los perros, para sostenerlos.

Roberto no hablaba. Iba pensando en lo que habia perdido, en los que ansiaba ver dichosos y libres, y en su vida, que iba á exponer por ellos.

XXXII

El conde Giuseppe Rovero era un compañero de viaje muy agradable.

Lo que los demás querian, tambien lo quería él.

No habia hombre más conciliador.

Pero habia que ser indulgente con su *patois* cuando se expresaba en francés.

Confesaba con singular modestia que no tenia facilidad para los idiomas, y que, á pesar de haber viajado mucho, su ignorancia en ese punto era completa.

¡Qué exquisita cortesía la del conde!

El italiano se presta á ello.

Es el idioma del amor y de la galantería, de la ternura y de las caricias.

Nadie hubiera podido sospechar que representaba una comedia; el hombre más listo y desconfiado hubiera caído en sus redes.

Sus criados eran inmejorables; tanto, que el marqués no echaba de menos á su fiel Servais.

El conde Rovero conocía Venecia, Florencia y Roma tan perfectamente, y dió con cierta malicia algunos detalles al marqués, que éste se hallaba asombrado.

Sea como sea, el viaje hubiera sido magnífico para sus dos compañeros si estos no hubieran tenido tantos motivos para hallarse preocupados.

El marqués envidiaba la fisonomía tranquila y reposada del italiano.

Y así se lo dijo.

—¡La filosofía!—contestó Giuseppe con entusiasmo.—¡Una vida exenta de pasiones violentas, sin ambición! ¿Por qué no me imitais? ¡Sobre todo hay que guardarse de las mujeres!

¡Las mujeres! Esta palabra produjo muy mal efecto en Oliverio. ¡Solange! la princesa Wanda, Elena, la dulce Elena, su víctima, todas pasaron por su imaginación.

De Antun á Moirans, todo fué bien.

Pero al día siguiente, después de haber pasado la montaña del Jura, llegaron á un accidentado camino, sembrado de lagos formados en las inmensas rocas que forman las fronteras francesas entre el Ródano y Ginebra.

Si el marqués y el general Von Goeben hubieran observado atentamente á su compañero, le hubieran visto bajar del carruaje mientras que los caballos soplaban como locomotoras, y dar órdenes á un criado que las transmitió al postillón, con el cual cambió una de esas miradas que no prometen nada bueno.

Hubieran observado además que el conde entabló conversación con un jinete barbudo y moreno como un árabe, que se hallaba en el patio de un mal mesón donde se detuvieron para cambiar de caballos.

El jinete desapareció como una exhalación, mientras que el marqués y Von Goeben entraban en la posada para calentarse un poco.

Ello es que en el momento en que el carruaje descendía de prisa por una cuesta para subir otra más violenta y sobre todo más larga, uno de los caballos dió una brusca huida hacia la derecha. El postillón quiso detenerlo vigorosamente, pero con tanta desgracia, que la lanza se partió.

El accidente no era grave, pero los obligaba á detenerse.

La noche se acercaba, amenazando ser muy mala.

Los viajeros bajaron del coche para deliberar.

No había nada que hacer, puesto que no encontraron en todos aquellos alrededores quien arreglara los desperfectos ocurridos. Lo mejor era buscar cualquier albergue.

Por fortuna, supieron de uno que no se hallaba á gran distancia.

—Es El Aguila—dijo el conductor:—buena posada para pasar una noche.

El amable conde Giuseppe Rovero se mostró muy complacido.

Su filosofía le acorazaba para todas las desgracias.

XXXIII

Por la mañana, dos viajeros habían recorrido el mismo camino que debían seguir por la tarde el conde Giuseppe y sus compañeros.

Uno de ellos era el joven del hotel de los Tres Reyes, que iba envuelto en un chaquetón forrado de pieles y calzado con botas á la rusa para defenderse del frío, que iba siendo cada vez mayor, á medida que iban acercándose á las alturas.

Montaba un caballo alazán, muy ligero y fogoso.

El lacayo iba vestido poco más ó menos lo mismo que el amo, y su caballo parecía tan vigoroso como el otro.

El sirviente tendría unos treinta años; la nariz aplastada; barba negra y rizada, que casi le tapaba todo el rostro; ojos brillantes y espesas cejas.

La tez del amo era, por el contrario, de una blancura trasparente, y el pelo era largo y abundante, recogido con cuidado y tapado con una gran gorra de pieles.

Ya sabemos el por qué de esto.

Cuando llegaron á la cúspide de las montañas del Jura, entre Septmoncel y Gex, el jóven de la tez pálida se orientó y buscó con la mirada un punto que parecía conocer ó que debieron indicarle, cual si se tratara del objeto de su excursión.

El sitio donde se detuvo era soberbio, encantador; estaba rodeado de precipicios.

La princesa Wanda hizo que el caballo diera unos pasos más, y descubrió entonces al borde del camino, escondido entre un ramillete de abetos, un chalet bastante espacioso, sólidamente edificado, de forma cuadrada, y en cuya fachada se balanceaba una muestra en la cual había pintada un águila con las alas abiertas, y esta inscripción:

AL AGUILA DEL JURA.

Aquel chalet no tenía más que dos pisos, y cuatro ventanas en cada uno.

Las cuadras y cocheras estaban en el fondo y daban al bosquecillo de abetos.

El sitio era uno de los más pintorescos del mundo.

La princesa fué directamente á la puerta principal y llamó dando en ella un golpe con el látigo.

Una mujer de bastante edad se presentó en seguida y pareció sorprenderse al ver á los dos ginetes.

—¿El señor Servoz?—preguntó la polaca.

—Está ausente.

—¿Cuándo volverá?

—Mañana por la noche.

El ginete murmuró algunas palabras entredientes.

Aquello era un contratiempo.

—Eso me contraría mucho —dijo.—¿Dónde está el señor Servoz?

—En Ginebra. ¿Qué deseais?

—Alojarme aquí por un día ó dos. ¿Podeis darme una habitación?

—Ya lo creo.

La Princesa puso en seguida pié en tierra y entregó las bridas al criado para que llevara el caballo á la cuadra, siguiendo á la anciana á la cocina, que estabasumamente limpia y daba un calor muyagradable.

La princesa había tomado informes.

Los Servoz se hallaban muy apenados; expuestos á que les echaran de su casa, en la que hubieran podido vivir tranquilos con el fruto de su trabajo, á no haberse visto agobiados por antiguas deudas. Aquel asilo tan frecuentado en la buena estación del año, fué edificado por ellos y no éstaba pagado más que en parte.

La calamidad de la hipoteca devoraba en invierno los beneficios del verano. Durante la excursiones de los *touristas*, Servoz, el mejor guía de la comarca, ganaba buenos salarios, pero despues de setiembre nadie se aventuraba á pasar por aquellas áridas regiones invadidas por las nieves.

La familia se componía del guía, su mujer y una joven de dieciseis años, que al presen-

tarse los aquellos huéspedes se levantó y acompañó al lacayo á la cuadra.

Esta joven era blanca y fresca, algo tímida, y con ojos y dientes de extremada belleza.

Cuando volvió, quedóse en un rincón, de pié, observando á aquel extraño ginete con cierto asombro mezclado de admiración.

—¿Se puede almorzar?—preguntó la polaca.

—Sí, señor.

—Os agradeceré que me guieis á mi cuarto.

—La casa está vacía. Podeis elegir la habitación que más os guste. ¿Pasareis la noche?

—He recorrido un largo trecho y deseo descansar hasta mañana.

La polaca, mientras hablaba, estudiaba la fisonomía de las dos mujeres. Estaban tristes. ¿Qué pena tendrían? La madre no pasaría de cincuenta y seis años y representaba másde sesenta.

Mientras preparaba el almuerzo, Wanda se informó, meditando su plan.

La madre era comunicativa.

Y lo refirió todo en seguida.

Quince años antes les había costado el *chalet* doce mil francos. Debían la mitad, y no podían llegar nunca á nivelarse.

¡Una verdadera miseria! Es una gran lecura edificar cuando no se tiene dinero.

La buena mujer repetía esto en todos los tonos y se lamentaba mucho.

¡No tenían crédito!

Confió á la princesa que Servoz estaba en

Ginebra para obtener una dilación, pero que no confiaba en conseguirla. Tenía que habérselas con un acreedor intratable. Acababa de irse á pié.

Wanda estaba próxima á decidirse.

Después de almorzar llamó aparte á la anciana.

— Luego estais sola aquí?—le dijo.

— Con mi hija. En invierno no viene nadie.

— Hoy tendreis viajeros.

— No es posible.

— Estoy seguro. Gente muy distinguida.

— ¡Si nos hubieran avisado!

— Ya lo estais.

— ¿Cuántos serán?

— Tres señores y otros tantos criados.

— ¿Les conoceis?

— Sí. Tengo poderosas razones para desear que ignoren mi presencia en vuestro hotel.

— Eso es fácil. ¿A qué hora llegarán?

— A la noche.

— ¿Cómo recibirlos?

— No os preocupeis. Teneis vino, huevos y algunas provisiones.

— Sí, una liebre y conservas.

— Es más de lo que hace falta. Mi criado es un excelente cocinero. El os ayudará. Llevadlo ante los fogones. Os felicitareis de ello, y por tanta complacencia...

La princesa magnetizaba á la hostelera con la mirada.

— Dareis una sorpresa á vuestro marido cuando vuelva.

— ¿Cual?

— Os prestaré ú os regalaré probablemente lo que os falte para pagar vuestras deudas.

— ¡Oh! caballero...

Esta inesperada liberalidad parecía tan misteriosa á la anciana, que no podia creer en ella.

La princesa sonrió.

Sacó la cartera del bolsillo. Estaba repleta de billetes. Cogió seis y los colocó delante de la mujer, que estaba maravillada.

— Serán vuestros mañana, después que se hayan ido los extranjeros esos, y siempre que sigais mis instrucciones. Y para empezar, á fin de inspiraros confianza, he aquí uno á título de arras.

— ¿Quién sois, pues?—preguntó la infeliz, deslumbrada.

— Soy la Fortuna. ¿Teneis necesidad de conocer mi otro nombre?

El semblante de la princesa era tan tranquilo, tan dulce, sus azules ojos miraban tan cariñosamente, que la vieja tuvo una inspiración.

— ¿Sois una mujer?—exclamó.

— Puesto que os pido un favor, no quiero ocultaros nada. Sí lo soy.

— Se trata, probablemente, de una historia de amor.

— Es, en efecto, una historia de amor la que aquí me trae, como decís bien. Quiero que lo ignoren, ¿comprendeis?

— Sí.

—¡Cuando conozcais el desenlace, ya veréis hasta qué grado es inocente!

La polaca pronunció estas palabras de tal modo, que hubiera ahogado los escrúpulos de la más severa de las criaturas.

La mujer la miraba con creciente admiración.

Jamás había pisado aquel suelo una mujer tan hermosa y tan rica.

Los Servoz se amaban. Eran un matrimonio modelo.

El maná caía al fin en su desierto.

¡Qué alegría la de Servoz, cuando ella le entregara aquella suma! ¡Qué felicidad, ser libres!

—Estais en vuestra casa—dijo.—Mandad, y se os obedecerá.

A las cinco, cuando concluía el día, la polaca, sola, á la ventana, contemplaba con mirada inquieta los últimos resplandores del sol poniente, cuando distinguió la silla de posta del conde Giuseppe.

Los ojos de Wanda miraron siniestramente, y suspirando con ahogo, exclamó:

—¡Al fin!

XXXIV

Cuando los tres viajeros se acercaron al chalet de los Servoz, pudieron convencerse, con gran contentamiento, de que la cocina del guía estaba bien provista.

El conductor no les había engañado.

El albergue era bueno.

Las cacerolas y demás utensilios abundaban, y estaban limpios como una patena.

Parecía que les esperaban.

Un cocinero, de buena presencia, se ocupaba en condimentar los guisos, que exhalaban exquisito olor.

El conde Giuseppe, antes de entrar, miró con disimulo al piso principal, y vió luz á través de las cortinas.

La princesa vigilaba.

Se sentía un agradable calor en toda la casa.

En el comedor estaba todo preparado.

El italiano se deshizo en elogios, y manifestó que no esperaba hallar un lugar tan confortable.

La hostelera y su hija, cuya alegría no podía ser mayor, le acogieron con tal solicitud, que el buen caballero parecía conmovido.

Acarició las sonrosadas mejillas de la muchacha, como hubiera podido hacerlo un prelado dando la confirmación; pidió que le indicaran en seguida una habitación donde pudiera arreglar un poco su desordenada *toilette*, desaliño inevitable siempre que se hace un largo viaje.

El conde Giuseppe Rovero salió del aposento perfectamente vestido de pies á cabeza, atildado como una dama, empolvado y perfumado como un abate presumido.

Sus compañeros hicieron lo propio. El general y el marqués se procuraron en Autun y Chalón los objetos que les faltaban des-